



P  
L  
A  
G  
E  
N  
C  
I  
A

1  
9  
7  
5

# PEQUEÑOS EPISODIOS LOCALES

*Cualquier pueblo, por pequeño que sea, posee un cúmulo de acontecimientos memorables, tristes, alegres y a veces heroicos, que vienen a engrosar esa historia grande que se nos enseña en la escuela. Por lo tanto hay que convenir en que toda ella se compone de muchas partículas, de minúsculos acontecimientos que constituyen los verdaderos reflejos que matizan la realidad de unos determinados hechos. Es por eso que resulta más amena la pequeña que la grande historia.*

*Placencia de las Armas, nuestro txoko —y nunca podrá dársele a la palabra "txoko" mejor aplicación—, es un punto insignificante en el mapa. Sin embargo, la trayectoria humana de sus habitantes ha sido importante en muchos aspectos.*

*Veamos, por ejemplo, lo que ocurrió cuando los convencionales franceses declararon la guerra a España en 1793.*

*Un día del mes de marzo, la campana llamada "Santa Bárbara" de la torre parroquial difundió el prolongado sonido de su grave tañido por todo el valle. El pueblo se estremeció. El alcalde acababa de ordenar la movilización con arreglo a las ordenanzas municipales. Alarmado el vecindario se preguntaba qué era lo que ocurría: ¡Van a invadirnos los franceses! Prantzezak datoz, prantzezak datoz...!*

*No tardaron mucho los jóvenes en concentrarse en la plaza vieja para convertirse en soldados al recibir las armas que para estos casos estaban depositadas en la casa del Concejo. El reclutamiento fue inmediato. Se formaron tres compañías o tercios con sus correspondientes mandos, todos del pueblo, para emprender la marcha hacia Irún, Fuenterrabía y Oyarzun. Se organizó la tesorería de guerra responsabilizándose José Ignacio de Iraola, de cuyas cuentas, desde abril de 1773 a diciembre de 1797 y de las que después llevó Miguel de Astiazarán hasta 1801 hasta agotar las sécuélas de esta guerra, tomamos estas notas.*

*Como siempre, los pueblos guipuzcoanos constituían la primera vanguardia que se enfrentaría en las invasiones. Como siempre, tenían que ser los primeros en verter su sangre.*

*Se deduce que cada compañía o tercio tenía entre treinta y cinco y cincuenta soldados. Y que principalmente procedían de los caseríos porque los de la calle se acogían, en su mayor parte, a los privilegios de exención que disfrutaban los armeros por su gran utilidad en estos lances.*

*He aquí cómo formaron las compañías de vecinos y la oficialidad que se improvisó:*

Primera Compañía: Capitán: Domingo de Iraola  
Sargento: Miguel de Treviño

Segunda Compañía: Capitán: Martín Ignacio de Arizaga  
Sargento: José Ramón de Iraola

Tercera Compañía: Capitán: Manuel Silvestre de Mendiola (1)  
Sargento: Andrés Agustín de Belztegui

En calidad de Comandante de todas ellas fue Gabriel de Mendizábal, que llevó de segundo a Juan Bautista de Azcárate, nombrado teniente capitán.

Manuel Esteban de Azcaray, capitán, y Manuel Antonio de Izaguirre, sargento primero, formaban una especie de Plana mayor dentro de este pequeño ejército placentino. Además se nombraron dos cabos en cada compañía.

Por el aspecto de los preparativos, diríase que una sola población era la que habría de enfrentarse con los franceses. Pero en los demás pueblos ocurría lo propio en aquellos momentos. Todas las partidas iban a coincidir en los puntos de fricción, es decir, en las villas fronterizas.

Mientras todo esto sucedía, la población no permanecía inactiva; se organizaban minuciosamente detalles muy curiosos: alojamientos para posibles heridos; lugares adecuados para esconderse; carros de bueyes con provisiones, mantas, municiones, vino, etc., para avituallar a los que partían. Y aunque parezca muy extraño, hasta se organizó el servicio de espionaje...

En esa guisa marcharon hacia la frontera para intentar detener al ejército francés que parecía incontenible, con fuerzas muy superiores.

Hubo escaramuzas y periodos de calma muy prolongados. Pero al año siguiente atacaron los franceses masivamente. El día 29 de agosto de 1794 entraron en Placencia y ocuparon las fábricas de armas que las hallaron sin personal; muchos habían huido. Domingo de Zarandona, con grave riesgo de su vida, puso a buen recaudo los depósitos de pólvora y municiones sin que los franceses consiguieran enterarse de su paradero. Santos de Gazaga y Francisco de Apellaniz resultaron muertos violentamente. El tesorero de guerra José Ignacio de Iraola se refugió en Vizcaya y después en Alava, protagonizando toda una odisea con sus caudales a cuestas, que al fin logró salvar. Y así, cuántos acontecimientos simultáneos.

Placencia pudo salvarse del incendio. No tuvieron esta suerte las vecinas poblaciones de Eibar y Ermua.

El día 8 de noviembre consiguieron reunirse sesenta y ocho soldados placentinos de los que fueron a Irún y Oyarzun, bajo el mando del capitán Domingo de Iraola y del marino Martín Melchor de Larreategui, Contador de Navío, que actúa como capitán en tierra, en las guerrillas. Les acompañaba el sacerdote don Manuel Javier de Barrutia. Así reunidos, planearon realizar dos osadas acciones. Divididos en dos grupos, uno se dirigió a "Pago-bedeinkatu" y el otro por el camino real hacia Elgóibar, para tratar de hostigar las avanzadillas de los 1.200 franceses acantonados entonces en los montes de Azpeitia y Azcoitia. Se ignora el resultado que obtuvieron con tal temeridad, pero lo cierto es que no se supo más del capitán Iraola hasta que años después, en 1816, se recibió en el pueblo la noticia de su muerte en Francia, a donde fue llevado prisionero.

El 7 de abril de 1795 se formó en Oñate un batallón bajo el mando de Gabriel de Mendizábal. Parece que se trataba del 2.º de Guipúzcoa, y allí fueron a alistarse los placentinos que habían sobrevivido de aquellas tres primeras compañías de vecinos.

En el mes de julio del mismo año terminó la guerra con el Tratado de Basilea.

Como información accesoria conviene decir que no se describe ningún tipo de uniforme. Fueron grupos que hicieron la guerra de guerrillas. El grito de guerra fue el mismo que el que pronunciaron sus nietos en la primera contienda civil del siglo pasado: *Aurrera, mutillak!* Si bien, la gran tragedia se encerraba en que algunos franceses lo entendían. No llevaban boina, sino cierta especie de gorra de fieltro que entonces se usaba. El empleo de la boina vasca lo difundió el más capaz de los militares vascos de todos los tiempos: Zumalacárregui. En cuanto a enseñas o estandartes de guerra de este tiempo poco se conoce. En cambio, durante la guerra civil que se ha mentado, si se emplearon. Uno de estos batallones, el 6.º de Guipúzcoa, llamado el de Loyola o de San Ignacio, ostentaba en su pendón la siguiente inscripción: "Gure Patroi aundia, izan zaitez gure guidaria".

Este es el resumen de un pequeño episodio local. Uno de tantos ocurridos antes y después. Es por esto que la pequeña historia, como se ha dicho al principio, resulta más apasionante que la grande. Porque nos afecta más de cerca y la protagoniza el pueblo. Y porque difiere mucho de la que se desarrolla en las antecelas de ricos palacios.

Finalmente, como dato curioso, fijémonos en algunos precios que regían durante la época que nos ocupa:

Fusil con bayoneta .....	98 reales y medio de vellón
Fusil pequeño para oficiales.....	109 reales y cuarto
Balas .....	15 maravedís
Frasco de pólvora.....	5 reales de vellón
Piedras de chispas.....	88 reales el millar
Y... un pellejo de vino .....	105 reales de vellón.

Agosto, 1975

Ramiro Larrañaga  
(Miembro de la Real Sociedad  
Vascongada de los Amigos del País)

(1) Manuel Silvestre de Mendiola fue un famoso arcabucero placentino. Ocupó la alcaldía de Eibar el año 1805. Intervino en 1815 en el encargo de la Diputación de Guipúzcoa para servir armas particulares para el monarca Fernando VII, juntamente con los eibareses Juan Esteban de Bustindui y Gabriel Benito de Ibarzabal.